n 547

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA

¡DICHOSO VALS!

424

PIEZA CÓMICA EN UN ACTO

DE

EDUARDO SANCHEZ DE CASTILLA

Y

MANUEL GOMEZ DE CÁDIZ

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL

1881

A D. Manuel Villas, como recuerdo de amistad de

M. Jover de Ladri

¡DICHOSO VALS!

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/dichosovalspieza00sanc

[331'3]

¡DICHOSO VALS!

PIEZA CÓMICA EN UN ACTO

DE

EDUARDO SANCHEZ DE CASTILLA

Y

MANUEL GOMEZ DE CÁDIZ

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro de Eslava, la noche del 29 de Enero de 1881.

MADRID

IMPRENTA DE RAMON MORENO Y RICARDO ROJAS

Isabel la Católica, 10

1881

PERSONAJES.	ACTORES.
FLORA.....	SRTA. CAMPINI (D.ª CAROLINA).
GREGORIA.....	SRA. GARCÍA (D.ª ADELA).
D. MARCELO.....	SR. RUIZ (D. JULIO).
D. ROMUALDO.....	MONTENEGRO (D. JOSÉ).
ENRIQUE.....	PEÑA (D. GERARDO).

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Gabinete amueblado con gusto. Puerta en el foro; otra á la derecha, en segundo término, y otra á la izquierda, en primero. A la derecha, una mesa de despacho con todos sus accesorios, y á más los objetos que se indican en el diálogo. A la izquierda, un velador, sobre el cual hay una bandeja con una botella de agua, otra pequeña de rom y un vaso. Al levantarse el telon, se oye tocar un vals en un piano colocado en la habitacion de la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

GREGORIA, que entra por el foro y se dirige á la puerta izquierda.

GREG. *(Hablando desde la puerta á la persona que se supone está dentro.)* Señorita, un jóven pregunta por su papá de usted. Dice que quiere hablarle de un asunto de mucha importancia. ¿Que le haga pasar? Bueno. *(Desviándose de la puerta.)* Cuando está sentada al piano no hace caso de nadie. Y eso que toca siempre lo mismo. Ya nos tiene aburridos á todos con ese dichoso vals. Cerraré la puerta. *(Cierra la puerta izquierda, y deja de oirse el piano.)* Pase usted, caballero, pase usted. *(Desde la puerta del foro.)*

ESCENA II.

Dicha y ENRIQUE por el foro.

GREG. Veré si está el amo en su cuarto. *(Váse por la derecha.)*

ENR. Gracias á Dios, voy á conocer este original, que no tiene por lo visto más ocupacion que hablar

mal de mí por todas partes. Dos veces he estado para contraer matrimonio, y otras tantas ha fracasado mi boda, merced á la lengua viperina del señor don Marcelo Rioseco, á quien Dios confunda. Y ha inventado una muletilla muy particular para el caso: «¿Hablan ustedes del jóven Suarez? Es muy buen chico; pero ni por todo el oro del mundo le casaria yo con mi hija.» Y á renglon seguido me achaca una porcion de defectos, que no hay por dónde cogerme. Pero ¿qué le habré hecho yo á este buen señor, á quien no conozco, para que así se encarnice conmigo?

ESCENA III.

Dicho y GREGORIA por la derecha.

GREG. El amo no está. Por lo visto no ha vuelto aún de su paseo acostumbrado.

ENR. ¿Tardará mucho?

GREG. Yo le diré á usted: almuerza á las once en punto.

ENR. (*Mirando su reloj.*) Son las diez y cuarto. Volveré.

GREG. Si quiere usted decirme su gracia...

ENR. Dejaré una tarjeta. (No, mi nombre le haria sospechar...) Será mejor que le escriba un par de líneas. (*Se sienta delante de la mesa, y escribe rápidamente.*)

GREG. ¿Quiere usted otra pluma?

ENR. Gracias. Con una tengo bastante. (*Se levanta.*) Déle usted á su amo ese papelito cuando vuelva.

GREG. Está muy bien.

ENR. Hasta luégo. (*Váse por el foro.*)

GREG. (Es muy guapito. Voy á acompañarle hasta la puerta.) (*Váse por el foro.*)

ESCENA IV.

FLORA por la izquierda.

FLORA. ¡Dos horas y media al piano! Ya he despuntado la aficion. Dediquemos unos cuantos minutos al bufete. (*Se sienta delante de la mesa.*) Yo no sé en qué consiste; pero desde que papá me nombró su secretaria está todo... más embrollado que ántes. (*Reparando en el papel que escribió Enrique.*) ¿Eh? ¿Qué es esto? (*Lee.*) «Juan de Figueroa Andrade Pereira Sandoval.» ¡Ah! vamos; será ese señor que preguntaba por papá. ¡Cuatro apellidos! De fijo es un portugués. (*Toma otro papel.*) Veamos este otro papelote. Es el contrato de arriendo de esta casa. (*Lo examina.*) Una cláusula manuscrita. (*Lee.*) «Este contrato será nulo en el caso en que don Andrés Suarez, sobrino del propietario, contraiga matrimonio y desee habitar la finca.» ¡Bueno! ¡Bueno! Esto quiere decir que estamos con un pié en la calle. ¡Y papá que celebra tanto nuestra nueva habitacion! (*Continúa repasando los papeles.*)

ESCENA V.

Dicha, Don MARCELO, por el foro, con una sombrerera de carton, de sombrero de copa. Despues, Gregoria por el foro izquierda.

MAR. ¡Gregoria! (*Saliendo.*)

FLORA. Buenos dias, papá. (*Levantándose y yendo á su encuentro.*)

MAR. Dios te bendiga. ¡Gregoria! (*Gritando.*)

GREG. Aquí estoy, señor. (*Saliendo.*)

MAR. A ver si pones esto á asar en seguida.

FLORA. ¿A asar?

GREG. ¿Un sombrero?

MAR. (*Abriendo la sombrerera.*) ¡Un sombrero! ¡Un sombrero! ¡A cualquier cosa le llamas tú un sombrero! (*Saca una perdiz.*)

FLORA. ¡Calle!

GREG. ¡Si es una perdiz!

MAR. Pues si es una perdiz, no es un sombrero.

GREG. ¡Toma! ¿Y quién habia de figurarse?...

FLORA. Como la traes dentro de una sombrerera...

MAR. Me encontré en la calle á un amigo que volvia de cazar y se empeñó en regalármela; con que yo, por no traerla en la mano, compré ese adminículo.

FLORA. ¡Qué ocurrencia! (*Vuelve á la papelera.*)

MAR. (*Dando la perdiz á Gregoria.*) Ya sabes: tomas tu perdiz, sacas tu hígado y lo picas.

GREG. ¿Cómo mi hígado?

MAR. Mujer, el hígado de la perdiz. Le añades cebollas, perejil, tocino... Ese es el relleno.

GREG. Si me querrá usted enseñar...

MAR. Bien: ya sabes que has de poner las patas contra el pecho.

GREG. ¡Qué pesadez! (*Se dirige al foro.*)

MAR. ¡Ah! mira: que no se te olvide desplumarla.

GREG. ¿Pero usted cree que yo soy tonta?

MAR. Bien; anda con Dios.

GREG. (En mi vida he visto un hombre tan cazolero.) (*Váse por el foro izquierda.*)

ESCENA VI.

FLORA y Don MARCELO.

MAR. Estas chicas creen que todo se lo saben.

FLORA. Hace poco has tenido una visita.

MAR. ¿De quién?

FLORA. Lo ignoro. Le recibió Gregoria; pero ha dejado esta esquela. (*Se la dá.*)

MAR. «Juan de Figueroa Andrade Pereira Sandoval.» ¡Echa!

FLORA. Yo he dicho que será un portugués.

MAR. ¿Uno? Serán cuatro. Figueroa Andrade Pereira y Sandoval. (*Se guarda el papel.*)

FLORA. En aquel país es lujo usar muchos apellidos.

MAR. Sí; como eso no cuesta dinero... (*Se sienta.*)

FLORA. ¿Estás cansado?

MAR. Hoy ha sido más largo el paseo. Cada vez estoy más contento de haber alquilado esta casa. Ya ves, en pleno Recoletos; á un paso del Circo de Rivas... Es verdad que no vamos nunca; pero siempre es una ventaja.

FLORA. No creo que te será tan agradable este sitio cuando llegue el invierno.

MAR. Lo mismo. Ya sabes que ha sido el sueño de toda mi vida. Aquí se respira con más libertad. Se pasea uno en zapatillas por delante de su domicilio. Le saludan á uno los guardas y los jardineros, y á lo mejor le sueltan una ducha. Y todo eso grátis. En fin, he formalizado el arriendo por diez años.

FLORA. Pero si don Andrés Suarez, sobrino del casero, llegase á contraer matrimonio...

MAR. ¿Eh?

FLORA. Tendríamos que dejarle la habitacion.

MAR. ¿Pero á tí quién te ha dicho?...

FLORA. He leido el contrato hace un instante.

MAR. Con efecto: hay esa cláusula adicional; pero no importa. El jóven Suarez permanecerá soltero miéntras yo viva.

FLORA. ¡Cómo!

MAR. He tomado mis precauciones. Pues no faltaba más sino que despues de estar yo tan á gusto... Vaya, no hablemos de eso, porque me pongo de mal humor.

FLORA. Para distraerte, voy á tocar el vals que aprendí en el colegio. (*Se dirige hácia la izquierda.*)

MAR. (*Levantándose y deteniéndola.*) ¡Ay! No, por Dios, Flora, no lo toques.

FLORA. ¿Por qué? ¿No te gusta oirme?

MAR. Te diré: como padre, sí me gusta; pero como autor de tus dias, no... Quiero decir, que... como siempre tocas lo mismo, tendrás en la cabeza una confusion... ¿Por qué no dibujas? Tú has hecho algunos monigotes muy bonitos...

FLORA. ¿Quieres que emprenda tu retrato?

MAR. ¿Mi retrato?

FLORA. Sí, verás; siéntate aquí. *(Coloca una silla convenientemente.)*

MAR. (Prefiero esto á oir el vals.) *(Se sienta.)*

FLORA. Toma. *(Le da un libro que toma de la papelera.)*

MAR. ¿Qué es esto?

FLORA. Un libro.

MAR. Ya lo veo.

FLORA. Le tendrás en la mano, figurando que acabas de leerlo.

MAR. O que no lo he leido todavía.

FLORA. No: que lo has leido. Sus páginas te han hecho meditar y permaneces cabizbajo.

MAR. ¿Así? *(Baja la cabeza.)*

FLORA. Eso es. Ahora levanta los ojos *(Va hácia la mesa y toma de ella una cartera de dibujo y un lapicero.)*

MAR. ¡Diantre! ¿Bajar la cabeza y levantar los ojos? *(Haciendo contorsiones ridículas.)*

FLORA. No te muevas. *(Sentándose frente á él.)*

MAR. ¿Tampoco puedo hablar?

FLORA. En no variando de posicion... *(Se pone á dibujar.)*

MAR. (Esta es la tiranía filial con todas sus consecuencias.) Dime, Flora, ¿no has pensado nunca en casarte?

FLORA. ¡Ay! ¿Por qué me haces esa pregunta?

MAR. Porque yo he empezado ya á ocuparme de ello; y como algun dia ha de ser...

FLORA. Pon la boca un poco entreabierta.

MAR. ¿Así? *(Abre la boca.)*

FLORA. No, no tanto.

MAR. (Pareceré un papamoscas.) *(Hablando sin cerrar la boca.)* Oyes, ¿tardarás mucho?

FLORA. ¡Ca! No. Dentro de... una semana...

MAR. ¡Una semana! (*Levantándose de pronto.*)

FLORA. ¿Qué haces?

MAR. Mira, hija, me doy por retratado. (Esto es peor que el vals.) (*Llevándose la mano al pescuezo con un gesto de dolor.*)

ESCENA VII.

Dichos y Don ROMUALDO por el foro.

ROM. ¿Hay permiso?

MAR. ¡Oh, señor don Romualdo!

ROM. Si están ustedes ocupados...

MAR. No, señor, no.

FLORA. Empezábamos el retrato de mi padre.

ROM. ¿A ver? (*Mirando el dibujo.*) Con efecto; esta oreja es de usted.

MAR. ¿Cómo mia? (*Llevándose las manos á las orejas.*)

FLORA. No está más que delineada.

ROM. Yo le suplico á usted que continúe.

MAR. (*Bajo á don Romualdo.*) (Hombre, no: suplíquele usted que no continúe.)

ROM. ¿Por qué razon? (*Alto.*)

MAR. No quiero fatigar á mi hija. Y como tenemos que hablar...

FLORA. Entónces los dejo á ustedes.

MAR. Sí, es mejor.

FLORA. Caballero...

ROM. Señorita... (*Váse Flora por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

Don MARCELO y Don ROMUALDO.

ROM. Estaba impaciente por verle á usted. ¡Eh! ¿Qué es eso? (*Viéndole hacer contorsiones con la cabeza.*)

MAR. Nada: un tortícolis.

ROM. ¿Estuvieron ustedes anoche en el teatro Real?

MAR. Sí, señor. El palco inmediato al nuestro le ocupaba la embajada japonesa. ¡Qué gentes tan raras! En vez de pañuelos de bolsillo, usan pedazos de papel.

ROM. Es gracioso.

MAR. Eso me distrajo en parte, porque como estoy de música hasta la punta de los cabellos...

ROM. Hablemos de nuestro asunto. ¿Vieron ustedes á mi hijo Luis?

MAR. Desde léjos. ¿No estaba en la butaca número seis?

ROM. Justo. ¿Y qué impresion ha causado á su hija de usted?

MAR. Excelente.

ROM. ¿De véras?

MAR. Yo procedí con cierta diplomacia. «Flora, la dije: ¿quién es aquel que está en la butaca número seis?» Y me contestó: «No le conozco; pero es un chico muy simpático.»

ROM. ¡Bravísimo!

MAR. Luégo observé que no cesaba de echarle los gemelos.

ROM. Entónces le ha flechado. Creo que debemos provocar una entrevista y casarlos cuanto ántes.

MAR. Poco á poco. No hay que partir tan de ligero. Mi hija es muy jóven todavía, y yo no quiero violentarla. Dejemos trascurrir dos ó tres años.

ROM. Por mi parte, aunque sean doce. Usted es el que ha manifestado empeño por la boda.

MAR. Con efecto; pero... yo, en mi calidad de padre, no debo... Ya sabe usted lo que es un padre... *(Se oye tocar el vals en el piano.)* (¡Ay, Dios mio! ¡Ya no me acordaba del vals!)

ROM. ¿Quién toca?

MAR. *(Agitándose involuntariamente al compas del piano.)* Mi hija. Desde que amanece está sentada al piano.

ROM. Mi Luis tambien es monomaniaco por la música.

MAR. ¿Sí, eh? Pues ella acabará de volverle loco. Es preciso casarlos inmediatamente. *(Cesa el piano.)*

ROM. ¿No dice usted que su hija es muy jóven?...

MAR. Sí, señor; ¿va usted á negar que es jóven?

ROM. ¿Y que debemos esperar tres años?

MAR. Naturalmente. Yo siento mucho separarme de mi hija. Ya sabe usted lo que es un padre.

ROM. Pero tratándose de su felicidad...

MAR, Y eso ¿quién me lo asegura? Si los chicos no congeniáran, y la pobrecita mia... *(Suena el piano.)* (¡Misericordia!) *(El mismo juego de ántes.)* Nada, que se casen en seguida; lo exijo, lo mando.

ROM. (¡Qué rareza!) Don Marcelo, repare usted que se contradice.

MAR. No lo extrañe usted, porque ese maldito vals me saca de mis casillas. Ocho años ha estado mi hija aprendiendo el piano y no sabe tocar otra cosa. *(Cesa el piano.)* Si me pongo á escribir, estoy valsando interiormente y hago corcheas en vez de letras. Cuando me afeito, valso tambien, y me pongo la cara hecha un pentágrama. El otro dia me corté un pedacito de nariz y he tenido que suplírmelo con cera. Vea usted.

ROM. ¡Qué atrocidad! *(Mirándole.)*

MAR. Hasta en la cama estoy dale que dale. ¿Lo creerá usted? Una mañana me salí al pasillo soñando y me puse á valsar con mi lavandera, que entraba al mismo tiempo.

ROM. Vaya, don Marcelo; usted exagera.

MAR. ¡Ay, no, amigo mio! Soy una verdadera víctima. *(Suena el piano. Se repite el juego.)* Tarí, tarí, larán, larán. ¿Lo está usted oyendo? ¡Flora! Flora! *(Gritando por la izquierda.)*

ESCENA IX.

Dichos y FLORA por la izquierda.

FLORA. ¿Qué quieres?

MAR. Mira, hija, ven acá. Ya sabes que el señor es amigo mio, ¿eh? Pues bien; acaba de pedirme tu mano para su hijo Luis.

FLORA. ¡Ah! (*Bajando los ojos.*)

ROM. ¡Hombre, eso es un escopetazo!

MAR. No le hace. Ya ves, es preciso que dejes el piano para que te ocupes de tu canastilla de boda.

FLORA. ¡Pero papá, por Dios; si ni siquiera conozco al hijo de este caballero!

MAR. ¡Vaya! Si le has visto anoche en el teatro Real.

FLORA. ¡Cómo! ¿El de la butaca número seis?

MAR. El mismo.

FLORA. Uno bajito...

ROM. No: si es muy alto.

MAR. Como estaba sentado, y todo se vuelve piernas.....

FLORA. Delgado...

ROM. Al contrario: grueso.

FLORA. Con el cabello rizado...

MAR. Sí, como yo. (*Dándose una palmada en la calva.*)

FLORA. Entónces no es el que yo digo.

MAR. ¿Qué apostamos á que te fijaste en el de la butaca número ocho?

FLORA. Sin duda.

ROM. Nos hemos lucido.

MAR. Eso no le hace. Del seis al ocho va muy poca diferencia.

FLORA. ¡Pues me gusta!

MAR. ¿Ve usted? dice que la gusta.

FLORA. No he dicho eso.

MAR. Nada: lo mejor es que traiga usted á su hijo ahora mismo. Almorzarémos juntos.

ROM. Bien, pero...

MAR. Ande usted, hombre. (*Empujándole hácia el foro.*)

ROM. Voy, voy. Señorita... (*Váse por el foro.*)

ESCENA X.

Don MARCELO y FLORA.

MAR. Ea, ya está todo arreglado.

FLORA. Permíteme que te diga que te precipitas mucho. El jóven que yo he visto no me parece mal; pero tú me ofreces otro que tal vez no sea de mi agrado.

MAR. Te agradará. Necesito que te agrade.

FLORA. Entónces es que quieres casarme á la fuerza.

MAR. Eso no: ¡pobrecita mia! Si Luisito no te gusta, le darémos calabazas. No te apesadumbres tú. ¡Pues no faltaba más! Calabacitas; calabacines; lo que quieras.

ESCENA XI.

Dichos y GREGORIA.

GREG. Señor: ahí está el jóven de ántes.

MAR. ¿El portugués? dile que entre. (*Váse Gregoria.*)

FLORA. Voy á estudiar al piano.

MAR. ¡¡No!! No estudies tanto, que vas á enfermar. (*Coge de la mesa una porcion de cartas y se las da.*) Toma: contesta estas cartas: son muy importantes. Anda, hija mia, anda. (*La acompaña hasta la puerta izquierda.*) Sepamos qué quiere ese importuno.

ESCENA XII.

Don MARCELO y ENRIQUE por el foro.

ENR. ¿Don Marcelo Rioseco?...

MAR. Servidor.

ENR. Yo soy...

MAR. Sí: don Juan de Figueroa Andrade Pereira Sandoval. (*Leyendo el papel que escribió Enrique y que saca del bolsillo.*)

ENR. El mismo.

MAR. Tomen ustedes asiento.

ENR. (Pero, Señor, ¿por qué me querrá tan mal este hombre?)

MAR. Estoy á las órdenes de usted.

ENR. ¿Usted no me conoce?

MAR. No tengo ese gusto.

ENR. ¿Ni recuerda haberme visto nunca?

MAR. No, señor: ve uno tantos tipos...

ENR. ¡Oh! ¡hay muchos!

MAR. Y como usted es portugués... Porque se le conoce á usted en la cara.

ENR. ¿De véras?

MAR. Yo no me equivoco nunca. Conque dígame en qué puedo servirle.

ENR. Pues yo tengo que pedir á usted un favor.

MAR. (Donde dice favor, léase sablazo.)

ENR. Deseo adquirir algunos informes sobre cierto individuo que usted conoce muy á fondo. Me refiero á un tal Suarez...

MAR. ¡Suarez!.. (¡El sobrino de mi casero!)

ENR. Quiere casarse con una de mis hermanas, y deseo averiguar si son ciertos los rumores que han llegado á mis oidos.

MAR. (¡Otro matrimonio!)

ENR. Me han dicho que su conducta deja bastante que desear... ¿Es eso cierto?

MAR. Caballero, me pone usted en un compromiso... El asunto es delicado...

ENR. Hable usted sin temor. Se trata de la tranquilidad de una honrada familia.

MAR. Eso me decide; pero jure usted no comprometerme.

ENR. Puede usted creer...

MAR. No; si despues de todo, lo que voy á decirle á usted no tiene nada de particular. Yo conozco al jóven Suarez desde que nació; le quiero como á un hijo.

ENR. ¿Sí, eh?

MAR. Sí, señor; pero ni por todo el oro del mundo le casaria yo con mi hija.

ENR. (Ya pareció aquello.) ¿Y puedo saber la razon?

MAR. Hay várias. En primer lugar, le gusta verlas venir... pero nunca las vé llegar.

ENR. Es decir, que juega...

MAR. Y pierde siempre. Ademas de eso... (*Hace ademan de beber.*)

ENR. ¿Tambien se emborracha?

MAR. ¡Oh! No me crea usted á mí. Eso es lo que dicen. Yo soy incapaz de calumniar á nadie. Pero como, despues de todo, su nariz le vende...

ENR. ¿Le vende? (¿Qué tendré yo en la nariz?)

MAR. A veces se le pone encarnada como un rabanillo... El alcohol... Y cuando está en ese estado, la emprende á cachetes con todo el mundo. No respeta ni áun á sus inocentes hijos.

ENR. ¿Qué oigo? ¡Tiene hijos! ¡Yo que no lo sabía!

MAR. Ya: usted ¿cómo lo habia de saber? Que se lo pregunten á... la otra...

ENR. ¿Quién es la otra?

MAR. La madre de sus hijos. Por supuesto, que eso está muy solapado...

ENR. ¡Conque jugador, borracho y tiene hijos de la otra!...

MAR. Sí; pero no vaya usted á comprometerme.

ENR. (*Levantándose indignado.*) Ea, basta ya, señor mio...

MAR. (*Admirado.*) ¿Eh?

ENR. Es usted un infame.

MAR. ¿Cómo se entiende?

ENR. El hombre á quien usted calumnia tan villanamente soy yo.

MAR. ¿Usted? (Me reventó.) Yo le diré á usted...

ENR. Todo es inútil. Despues de lo que he oido, exijo á usted una satisfaccion de su extraña conducta.

MAR. Eso, eso es, extraña. Tiene usted razon. Si yo no lo niego.

ENR. Al grano. ¿Qué le he hecho yo á usted?

MAR. ¿A mí? Nada absolutamente. Pero... la verdad... cuando uno vive á gusto en una casa...

ENR. Náda de evasivas: usted ha impedido por dos veces mi matrimonio. La primera no me importa: se trataba de un compromiso de familia. Pero la segunda... la segunda no se la perdono á usted; porque yo me casaba por amor.

MAR. ¡Por amor! Hombre... ¡qué lástima!

ENR. ¡Pobre Elisa! Ella me queria tambien entrañablemente.

MAR. Yo lo arreglaré todo. ¿Dónde vive Elisa?

ENR. Ya es tarde, caballero. Se ha casado ayer con otro.

MAR. ¿Con otro? ¡Pobrecita! ¡Cuánto le queria á usted!

ENR. Usted pertenece por lo visto á esa raza de malvados que se complacen hablando mal de todo el mundo.

MAR. No, señor; yo no hablo mal de nadie.

ENR. Si no mirára que es usted un viejo...

MAR. Anciano, anciano es más decoroso.

ENR. Si no mirára que es usted un anciano, me lo comia ahora mismo.

MAR. Si no tengo más que huesos.

ENR. ¿Usted no será capaz de batirse?

MAR. No, señor; estoy muy ocupado.

ENR. Entónces, prepárese usted á sufrir los efectos de mi venganza.

MAR. Señor de Suarez, escúcheme usted.

ENR. Le juro á usted que ha de acordarse de mí.

MAR. Señor de Suarez, ¿qué va usted á hacer conmigo?

ENR. Allá lo veremos. (*Se dirige al foro.*)

MAR. Pero oiga usted, señor de Suarez...
(*Váse Enrique.*)

ESCENA XIII.

Don MARCELO, despues FLORA.

MAR. ¡Dios mió de mi alma! ¿Qué intentará? Está rabioso. Bien mirado, tiene razon; y mal mirado, tambien la tiene.

FLORA. (*Viene por la izquierda con várias cartas en la mano.*) Ya he contestado estas cartas.

MAR. Vengan. (*Las toma distraido, las estruja y se las mete en el pecho.*)

FLORA. ¿Qué haces?

MAR. Nada. (*Se pasea agitado.*)

FLORA. ¿Qué queria el portugués?

MAR. No hay tal portugués. Es español.

FLORA. ¿Español?

MAR. Y de la cáscara amarga.

FLORA. No caigo...

MAR. (Quien se ha caido soy yo.) (*Coge la cartera de dibujo y se pasea con ella debajo del brazo. Despues suelta la cartera y coge la botella del agua.*)

FLORA. ¿Qué te pasa?

MAR. (El jefe de policía vive cerca de aquí. Voy á consultarle. Casualmente es amigo mio.) (*Deja la botella y se quita la levita, volviendo las mangas del reves.*) ¡Gregoria!

FLORA. ¿Qué quieres?

MAR. Voy á salir. ¡Gregoria! *(Dando vueltas atontado.)*
FLORA. ¿Vas á salir y te quitas la levita?
MAR. Es verdad. *(Se pone la levita del reves.)*

ESCENA XIV.

Dichos y GREGORIA, foro izquierda.

GREG. Aquí estoy, señor.
MAR. Vé poniendo la mesa. *(A Flora.)* Discúlpame con tu futuro y con tu suegro.
GREG. (¡Se casa la señorita!)
FLORA. Que te has puesto la levita al reves.
MAR. Es verdad. ¡Estoy tan distraido!... *(Se la quita y se la vuelve á poner al derecho. Flora le ayuda.)* Hay ocasiones en la vida... Vaya, hasta luégo. *(Coge la sombrerera y se la pone.)*
FLORA. ¡Papá! } *(A un tiempo.)*
GREG. ¡Señor! }
MAR. *(Dejando la sombrerera y tomando el sombrero.)* No sé lo que hago... Hay ocasiones... (No me llega la levita al cuerpo.) *(Va á salir por la derecha, retrocede y se marcha por el foro.)*

ESCENA XV.

FLORA y GREGORIA.

GREG. Señorita, ¿qué le pasa al amo?
FLORA. No sé: nunca le he visto de ese modo.
GREG. ¿Y de véras va usted á casarse?
FLORA. ¡Quién sabe! Falta que el novio me convenga.
GREG. ¿Usted no le conoce?
FLORA. No.
GREG. ¿Y es jóven?
FLORA. Creo que sí.

GREG. Y su padre de usted, ¿está conforme con la boda?

FLORA. Así parece.

GREG. Y diga usted...

FLORA. ¡Jesus! Qué curiosa eres. (*Váse por izquierda.*)

ESCENA XVI.

GREGORIA: despues, ENRIQUE.

GREG. Dice que falta que la convenga el novio. ¡Y á mí que cualquiera me convendria!

ENR. (No puedo creer que este hombre trate de desacreditarme sin un motivo fundado para ello. ¡Ah! Esta debe ser la criada. La interrogaré.)

GREG. ¡Calle! ¡Otra vez aquí! (*Hablando muy de prisa.*) El amo no está. Anda muy ocupado con la boda de su hija. ¿Usted no la conoce? ¡Es muy guapa! Se llama Flora. Estamos esperando al novio y al suegro. Hoy almuerzan aquí... La señorita no está muy conforme, pero el amo se empeña en casarla. Es muy testarudo. Se mete hasta en las cosas de la cocina. Hoy ha traido una perdiz. ¡Ya ve usted, para cuatro! Me dejarán los huesos. Yo sigo en la casa porque les tengo ley. Cuando se case la señorita, verémos. Siéntese usted. El amo no debe tardar. Yo tengo mucho que hacer, y me retiro.

ENR. Pero...

GEEG. Estoy de prisa. (¡Jesus! ¡Qué curioso es este hombre! (*Váse por el foro izquierda.*)

ESCENA XVII.

ENRIQUE: despues, Don ROMUALDO.

ENR. ¡Es una ametralladora esta chica! ¿Conque el señor don Marcelo quiere casar á su hija á todo

trance y se entretiene en impedir que los demas lo hagan? Bueno es saberlo.

ROM. (*Entra por el foro derecha.*) Héme ya de vuelta.

ENR. ¿Eh?

ROM. ¡Ah! Caballero, usted perdone: creí que era don Marcelo.

ENR. Ya no debe tardar.

ROM. Lo supongo, porque nos ha convidado á almorzar á mi hijo y á mí... (*Mirando su reloj.*)

ENR. (Vamos, este es el padre del novio. La ocasion no puede ser más oportuna para vengarme.)

ROM. Lo que siento es no haber hallado á mi hijo por más que le he buscado.

ENR. ¡Oh! Pues más lo sentirá don Marcelo, segun el interes que demuestra por esta boda.

ROM. ¡Ah! ¿Usted sabe?...

ENR. Sí, señor. Soy muy amigo de la casa.

ROM. Lo celebro.

ENR. (¡Viejo infame! Voy á pagarte en la misma moneda.)

ROM. Pero, hombre, marcharse á la hora de almorzar...

ENR. No ha podido evitarlo. Aunque ya debe haber terminado el juicio.

ROM. ¿Eh? ¿Qué juicio?

ENR. ¿Usted ignora lo que ocurre?

ROM. Yo no sé nada.

ENR. Entónces no me atrevo...

ROM. Hable usted: yo soy incapaz...

ENR. Bien; pero jure usted no comprometerme.

ROM. Lo juro.

ENR. Aunque usted no jurára me importaria lo mismo.

ROM. ¡Cómo!

ENR. Despues de todo, es una tontería. Que don Marcelo ha dado de palos á no sé quién.

ROM. ¿De palos? ¿Y por qué motivo?

ENR. No sé: salieron desafiados de la casa de juego.

ROM. ¡Cáspita! ¿Pero tiene ese vicio?

ENR. ¡Por Dios! no vaya usted á comprometerme.

ROM. ¡Y yo que le creia tan hombre de bien!

ENR. Y lo es, sí, señor. Que un hombre juegue y se emborrache, no tiene nada de particular.

ROM. ¡Tambien se emborracha!...

ENR. No bebe más que rom; pero lo mezcla...

ROM. ¿Con agua?

ENR. No, con cognac.

ROM. ¡Jesus! ¡Gastará un dineral en sus vicios!

ENR. No lo crea usted: más que todo eso le cuesta la otra.

ROM. ¿La otra?

ENR. Una mancheguita muy guapa que le tiene mareado.

ROM. ¡Qué inmoralidad!

ENR. ¡Ya ve usted qué ejemplo para su hija!

ROM. ¡Con buen sujeto iba yo á emparentar. Ya se ve, como le conozco desde hace poco tiempo...

ENR. Yo podria decir á usted cosas de más importancia...

ROM. ¿Luego hay más todavía?

ENR. Sí; pero la amistad sella mis labios...

ROM. De cualquier modo que sea, yo he sabido lo bastante para no volver jamás á esta casa. Así como así, ni mi hijo ni yo teníamos empeño por esta boda...

ENR. Crea usted que siento mucho...

ROM. Pues yo casi me alegro. (*Se oye en el foro la voz de don Marcelo.*) Pero ahí está nuesto hombre

ENR. (¡Qué contrariedad!)

ROM. Ahora le diré yo...

ENR. ¡Va usted á comprometerme!

ROM. ¡Qué disparate! Déjenos usted solos.

ENR (Allá ellos.) (*Váse derecha.*)

ESCENA XVIII.

Don ROMUALDO y Don MARCELO por el foro.

MAR. ¡Uf! He corrido como un conejo. Hola, don Romualdo. Dispénseme usted la tardanza; pero un negocio de gran interes...

ROM. (¡Quién lo hubiera dicho! ¡A sus años!)

MAR. Tengo una sed horrible. (*Va al velador, coge la botella del rom y se dispone á verterla en la copa.*)

ROM. ¡No! No beba usted, don Marcelo. (*Deteniéndole.*)

MAR. ¿Por qué?

ROM. El rom es la ruina, la muerte.

MAR. ¡Bah! Una gota, mezclado...

ROM. ¿Con cognac?

MAR. No, con agua.

ROM. (¡Quiere disimular!) No beba usted, yo se lo suplico: al ménos, delante de mí.

MAR. (Vaya una manía!) Bueno, aguantaré la sed. ¿Por dónde anda Luisito?

ROM. Luisito no ha venido, ni vendrá.

MAR. ¿Pues y eso?

ROM. Hemos decidido dejar que pasen algunos años.

MAR. ¿Eh?

ROM. Don Marcelo, no me obligue usted á entrar en explicaciones que á nada conducirian. Póngase usted la mano sobre el pecho.

MAR. ¿Cuál de ellas?

ROM. Cualquiera. (*Don Marcelo se pone las dos.*) Entre usted en sí mismo.

MAR. Hombre, eso es difícil.

ROM. ¿No le dice á usted nada su conciencia?

MAR. No, señor. (*Aplicando el oido.*)

ROM. Parece mentira.

MAR. ¿Pero qué significa toda esa monserga?

ROM. Significa que un buen padre debe reprimirse y hacerse superior á todas las manchegas habi-

das y por haber. Y cuando quiera beber rom debe beber agua, y no jugar más que con sus nietos cuando los tenga. (*Don Marcelo le escucha con la boca abierta.*) Eso es lo decoroso... Y ahora mismo me marcho á la calle. (*Se dirige al foro.*)

MAR. Pero oiga usted...

ROM. Hemos concluido. Beso á usted la mano. (*Váse.*)

ESCENA XIX.

Don MARCELO y á poco ENRIQUE por la derecha.

MAR. Señor, ¿qué embrollo es este? ¡Oh! yo necesito que me explique... (*Se dirige muy resuelto hácia el foro. Enrique sale por la derecha y le corta el paso.*)

ENR. No se moleste usted.

MAR. (¡Uy! ¡El otro!)

ENR. Tengo el gusto de anunciar á usted que ese caballero no volverá más á esta casa.

MAR. ¡Cómo!

ENR. Acabo de darle acerca de usted los peores informes.

MAR. ¡Ah, infame!

ENR. Ha empezado mi venganza. Su hija de usted no se casará miéntras yo viva.

MAR. Esa venganza es indigna de un hombre de honor.

ENR. Ya lo sé: pero como usted no ha querido batirse conmigo...

MAR. No me bato porque lo tendria á ménos. Y en cuanto á lo demas, sepa usted que me alegro de lo que ha hecho, porque yo no quiero separarme de mi hija; yo la casaba contra mi voluntad. Ella es mi único consuelo, mi alegría, mi... (*Tocan dentro el vals.*) (¡Horror! ¡Ya no me acordaba!) (*Agitándose al compás del piano.*)

Usted ha destruido su porvenir, porque el marido que yo la destinaba era un partido excelente. Usted es un bribon, y si tuviera usted coraje, nos batiríamos ahora mismo.

ENR. Sí, señor. A primera sangre.

MAR. O á ninguna sangre. ¿Piensa usted que le tengo miedo? Yo he sido miliciano y conservo mis armas vírgenes de toda mancha. Corra usted á buscar sus padrinos. (*Cesa el piano.*)

ENR. Sí, señor, que iré.

MAR. Yo tengo la eleccion de armas. Elijo el sable. Usted se batirá de espaldas.

ENR. ¡Cómo!

MAR. Vaya usted á buscar sus padrinos.

ENR. Dentro de cinco minutos estoy de vuelta. (*Váse por el foro.*)

ESCENA XX.

Don MARCELO, despues FLORA.

MAR. ¡Así te rompieras la crisma en el camino! ¡Mi ren que batirme yo! ¡Un padre no debe batirse nunca! Si me matan, ¿qué va á ser de mi pobre hija? (*Tocan el vals. El mismo juego.*) ¡Pero si ese maldito vals me exaspera, me mata! ¡Flora! ¡Flora! (*Flora aparece por la izquierda.*) ¡Vén, hija mia, vén; por los clavos de Cristo!

FLORA. ¡Ay! ¿Qué tienes? ¡Estás pálido!

MAR. No digo yo pálido, pero hasta color de chocolate... Si tú supieras... Tu boda ha fracasado.

FLORA. ¿Será cierto? (*Alegre.*)

MAR. Sí, ese... el portugués... digo, el que parecia portugués, lo ha echado todo á rodar.

FLORA. ¿Y cómo ha sido?

MAR. Ya hablarémos. (Me vá á trinchar como á un gazapo.)

FLORA. Pero papá, ¿qué tienes?

MAR. Nada: cuando vuelva ese hombre, le dices que no estoy. Que me he embarcado en un globo... cualquier cosa.

FLORA. Pero...

MAR. Oigo pasos... que no me vea. (*Poniéndose detras de ella y dando vueltas atolondrado.*)

FLORA. ¡Por Dios, papá!

MAR. ¡Qué no me vea! ¡Qué no me vea! (*Váse por la derecha.*)

FLORA. Señor, ¿qué pasa aquí?

ESCENA XXI.

FLORA y ENRIQUE por el foro.

ENR. (Prefiero capitular. Batirme con ese hombre sería un absurdo.)

FLORA. Caballero...

ENR. ¡Ah! Señorita...

FLORA. (Calle. ¡El de la butaca número ocho!)

ENR. (¡Preciosa mujer!)

FLORA. (¡Cómo me mira!)

ENR. ¿Es á la señorita de Rioseco á quien tengo el honor de hablar?

FLORA. Sí, señor.

ENR. (¡Y tiene cierto parecido con Elisa!)

MAR. (No oigo nada.) (*Asomando la cabeza.*)

FLORA. Papá acaba de decirme que usted ha desbaratado mi boda.

ENR. Con efecto: debe usted estar furiosa contra mí.

FLORA. No, señor; pero quisiera saber la causa...

ENR. La causa... (¡Vaya si es bonita!) No me atrevo á manifestársela á usted.

FLORA. Pues yo creo haberla adivinado.

ENR. ¿Usted?

FLORA. Sí, señor. (*Sonriéndose y bajando los ojos.*)

ENR. Veamos.

FLORA. La causa han sido los celos.

ENR. ¿Cómo los celos?

FLORA. No lo niegue usted.

ENR. No, no lo niego. (¿Adónde irá á parar?)

MAR. ¿Qué estarán hablando?

FLORA. Las mujeres nos apercibimos en seguida de todo. Anoche en la Opera no quitaba usted los gemelos del palco número veintidos.

ENR. Justo: el de la embajada japonesa.

FLORA. No: si la embajada estaba en el inmediato. Usted miraba al mio. Vamos, no disimule usted.

ENR. Con efecto: ya veo que es inútil negarlo. Yo miraba... (al de la embajada.)

FLORA. Estoy leyendo en sus ojos cuánto me quiere.

MAR. (¿A que salgo y le pego?)

ENR. ¿Conque entónces celebra usted que su boda no se efectúe?

FLORA. Sí, señor; ahora más que ántes.

ENR. ¿Por qué?

FLORA. Por... Yo no puedo contestarle á usted. Diríjase usted á papá. (*Don Marcelo sale y se va acercando, sin que le vea Enrique.*)

ENR. ¡Qué oigo! (Pues señor, la he flechado.) Señorita: despues de lo que nuestros ojos se han dicho mútuamente, sólo me resta añadir una frase, y esa frase yo no la encuentro; pero yo la amo á usted.

FLORA. ¡Ah! (*Enrique se echa á sus piés y le toma una mano. Don Marcelo, que ha salido de puntillas, le sacude un pescozon. Enrique se levanta rápidamente, y Flora se interpone entre los dos.*)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos y Don MARCELO.

MAR. ¡Toma! (*Dándole el pescozon.*)

ENR. ¡Ay! (*Se levanta rápidamente.*)

FLORA. ¡Papá! (*Interponiéndose.*)

MAR. ¡Lo mato! ¡Lo mato!

ENR. Don Marcelo, sosiéguese usted, y capitulemos.

MAR. ¿Eh?

ENR. (*Pasando á su lado, y llevándolo aparte.*) Usted me ha imposibilitado para contraer matrimonio: su hija de usted no se casará miéntras yo viva; con que únanos usted á los dos, y seamos amigos.

MAR. ¿Con usted? ¡Jamás!

FLORA. ¿Qué es eso?

MAR. El señor me pide tu mano: dile que le odias, que le maldices.

FLORA. ¿Yo? No, señor, todo lo contrario.

ENR. ¿Lo oye usted?

MAR. ¡Desdichada! (*Bajo á Flora.*) Ese es el sobrino de nuestro casero!

FLORA. ¡Cómo!

MAR. ¡Esa boda es imposible!

FLORA. ¿Es decir, que me quedo soltera por un capricho tuyo? No me queda más consuelo que mi piano. (*Se dirige á la puerta izquierda.*)

MAR. ¡No, por Dios!! (*Sujetándola.*) Consiento, consiento... (*A Enrique.*) Pero con una condicion.

FLORA. } ENR. } ¿Cuál?

MAR. Que se obligue usted por escrito á no vivir nunca en el paseo de Recoletos.

ENR. Aceptado. Viviré en el barrio de Argüelles.

MAR. ¿Tú me visitarás á menudo? (*A Flora.*)

FLORA. Sí; pero yo tambien tengo que pedirte un favor.

MAR. Habla.

FLORA. Que me permitas llevarme el piano.

MAR. ¡El piano! ¡Pues ya lo creo! (¡El me vengará!) Vén á mis brazos, querido Andrés.

ENR. ¿Cómo Andrés? Si yo me llamo Enrique.

MAR. ¿Qué oigo? ¿Tú no eres Andrés Suarez?

ENR. No, señor: Andrés es un primo mio que está en América.

MAR. ¡En América!

ENR. Sí, señor, y allí acaba de casarse.

FLORA. ¿Ve usted? (*Bajo á su padre.*)

MAR. (¡Merezco que me emplumen!) Entónces, podemos vivir juntos.

ENR. No, señor, no. Me gusta la independencia.

MAR. Dices bien: cuando dos no se ven nunca, acaban por ser amigos.

(*Al público.*)

Yo un aplauso pediria,
Mas temo ser exigente:
Dádmelo interinamente:
Ya hablarémos otro dia.

(CAE EL TELON.)

---

3 0112 115872050

PUNTOS DE VENTA

MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, y *D. J. A. Fernández Fe*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administracion Lírico-Dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.